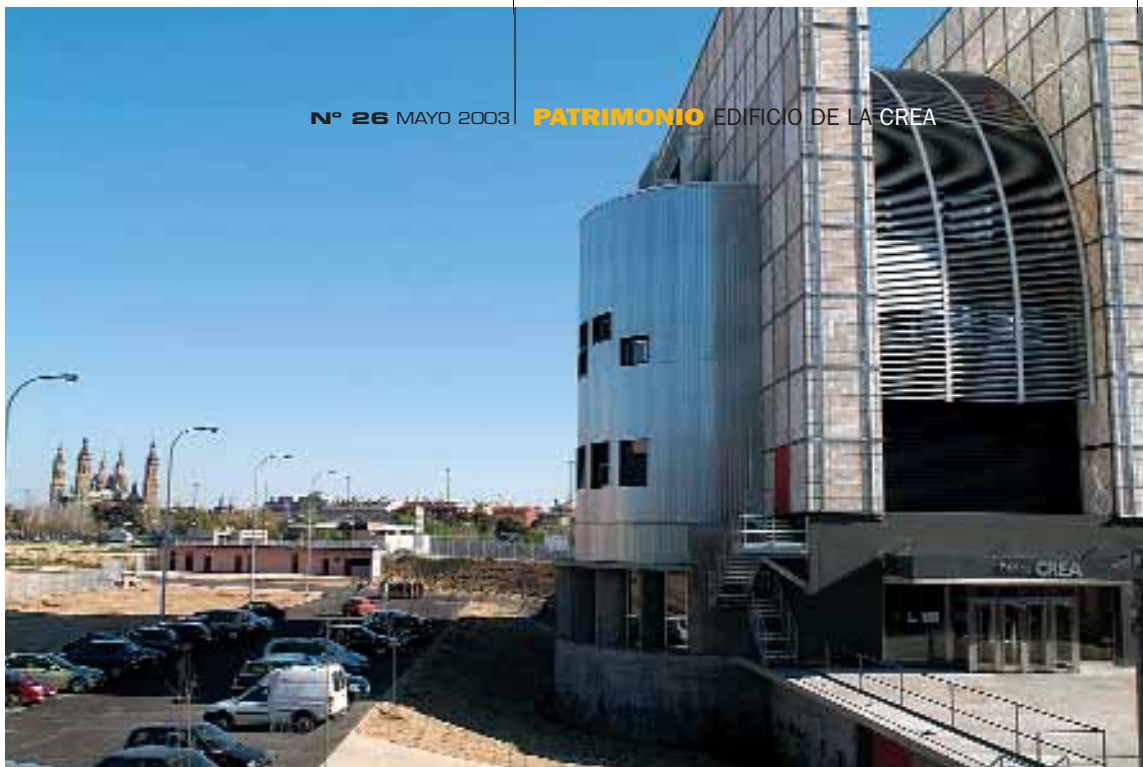


PATRIMONIO EDIFICIO DE LA CREA Nº 26 MAYO 2003

El faro de Zaragoza, con permiso del Pilar

Vista nocturna del edificio de la CREA

Nº 26 MAYO 2003 PATRIMONIO EDIFICIO DE LA CREA



Alejandro Toquero [textos]
Javier Pardos [fotografías]

José Manuel Pérez Latorre ha tenido un privilegio que rara vez se le presenta a un arquitecto: diseñar un edificio para un fin y recibir todo tipo de parabienes por el trabajo realizado, y al cabo de un tiempo enfrentarse al reto de rediseñarlo, manteniendo sus señas de identidad, para un uso totalmente distinto. A Pérez Latorre le ha sucedido con el pabellón de Aragón en la Exposición Universal de Sevilla de 1992, que once años después se ha transformado en la flamante sede de la Confederación Regional de Empresarios de Aragón (CREA).

En la margen izquierda, haciendo esquina, entre las avenidas de Ranillas y Valle de Broto, se presenta y erige majestuoso este pabellón/edificio, que las dos cosas es, para el disfrute de todo aquel que se acerque a contemplarlo o lo observe desde la lejanía. Porque verse se ve, y cómo, desde diferentes puntos de la ciudad.

Once años después de la universal cita sevillana y ya en Zaragoza, su presencia no se entiende igual que en la capital hispalense. Allí era un espacio fundamentalmente interior, cuya ventana al exterior era una magnífica terraza –la envidia, por cierto, de la



Arriba, vista de la entrada principal, el parking y el pilar al fondo. Abajo, detalle de la estructura interior que soporta la cúpula.



Nº 26 MAYO 2003



A la izquierda, entrada principal. A la derecha, arriba, detalle del alero y la estructura del ascensor de la puerta posterior. Abajo, detalle del alabastro.

mayoría de las delegaciones—, mientras que en Zaragoza es un edificio con vocación exterior, rediseñado para trabajar en él como si de una oficina al uso se tratase, pero concebido para mostrarse y vivirse desde fuera. Además, la terraza no ha perdido ni un ápice de su encanto. Si en la Expo miraba al lago, en la capital aragonesa mira al Pilar, que tampoco está nada mal.

Ésta su nueva condición de edificio que sobre todo hay que ver por fuera, sin importar lo que albergue en su interior, se la otorgan dos características que hacen que en la capital aragonesa luzca con especial brillo. Por una parte, su ubicación. «Es un edificio que necesita perspectiva para ser observado», asegura Pérez Latorre. Y en su actual emplazamiento, la tiene. No sucedía lo mismo en Sevilla, donde encajonado entre los pabellones de la Comunidad Valenciana y Castilla-La Mancha, pasaba mucho más desapercibido. Por eso, como reconoce su autor, quizá hasta le viene bien no estar tan pró-

ximo a la basílica del Pilar. Pero además de su ubicación, lo que tal vez le hace más especial es la capacidad que tiene de iluminar, de proyectar la luz hacia el exterior; capacidad que le otorga un material noble y aragonés como pocos: el alabastro. Si con esta piedra se buscó y se consiguió que la luz sevillana inundara el recinto expositivo del pabellón aragonés de una forma muy tamizada, en Zaragoza el alabastro cumple otro objetivo: ser traslúcido hacia dentro y opaco hacia fuera, por el día; y al revés, opaco hacia dentro y traslúcido hacia fuera, por la noche. Difícilmente con otro material se hubiese conseguido esta variedad de matices, que no ofrecen ni de lejos el plástico, el hierro o la madera al recibir la luz.

En la noche, por lo tanto, este edificio tiene a uno de sus mejores aliados. Y puntos para contemplarlo, tantos como den de sí unas buenas piernas a la búsqueda de los mejores ángulos y perspectivas. Pero por estrechar el círculo, citamos tres. Si se cruza andando

el puente de La Almozara, la silueta que refleja en el Ebro ofrece una estampa que realmente merece la pena. Desde otros puentes, fundamentalmente desde el de Piedra y el de la Unión, al estar en una posición más elevada, el edificio de la CREA se recorta en el horizonte como surgiendo desde el cauce mismo del Ebro, y la postal tampoco está nada mal. Y, finalmente, si la vía elegida es la avenida de Ranillas, viniendo del campus universitario del Actur, las múltiples caras que muestra tampoco tienen desperdicio.

Ayer y hoy

Pero qué queda hoy y qué no de aquel pabellón que en 1992 tan dignamente representó a Aragón en la Expo de Sevilla. Pues, fundamentalmente, su estructura exterior y el material que la sustenta, el alabastro. La teja de la bóveda, donde se encontraba el espléndido mural de Broto, era de Teruel, pero al desmontarse el mural y tener que transformar ese espacio abierto en oficinas, había que cerrarlo, y la cerámica, sencillamente, no podía funcionar en su nuevo destino. Se mantiene, eso sí, la estructura, pero como una bóveda de láminas, que se adecua más al uso interior del edificio.

En la cara externa es donde José Manuel Pérez Latorre tenía más claro que se podían cambiar menos cosas. Ha desaparecido la chapa, de color azul, que quizá en Sevilla ofrecía un contraste interesante jugando con el blanco. Sin embargo, en Zaragoza, junto al Ebro, la combinación probablemente no hubiese sido la más acertada.

También se ha suprimido una de las dos paredes de alabastro, lo que ha permitido recuperar muchas placas, y en muy buen estado, para colocarlas en el exterior y prescindir de las más deterioradas. Y es que los cerca de ocho años que el pabellón estuvo a merced del sol, la lluvia y el viento, han sido una dura prueba para este material, sobre todo si tenemos en cuenta que el alabastro no fue tratado ante la perspectiva de un regreso inmediato a Zaragoza, una vez concluida la Ex-



Escalera de emergencia.

po. No sucedió así y antes de proceder a su reconstrucción, ha habido que pulir de nuevo las piezas barnizándolas de una capa hidrofugante para que el agua resbale. Es lo bueno que tiene repetir un edificio de nuevo, reconoce su autor: «Te permite corregir aquellos errores que pudiste cometer la primera vez». Por ejemplo, en las piezas de acero se han cambiado algunos elementos para que escurra el agua y no caiga directamente sobre el alabastro. Pequeños pero importantes detalles que permitirán a este edificio mostrar su mejor cara durante mucho más tiempo.

Pero si del exterior es de donde menos cosas se podían quitar; del interior, más que estar permitido, casi era obligado cambiarlo todo: transformar el espacio expositivo en un espacio de oficinas y plantearse la realidad de un edificio abierto por todos los lados frente a la necesidad de crear un centro de trabajo en el que lo más importante era la comodidad de las personas que allí iban a





PATRIMONIO EDIFICIO DE LA CREA

Nº 26 MAYO 2003



trabajar. Ante esta perspectiva, a José Manuel Pérez Latorre no le quedaba otra solución que construir una caja dentro de otra caja, y así lo hizo suprimiendo una de las pieles internas de alabastro, que convirtió en un muro cerrado capaz de defender a sus inquilinos del ruido, el frío o el calor. Y el resultado final, como no podía ser de otra manera, es un espacio interior muy bien aprovechado. Los 26 metros de altura de altura del edificio se han dividido en seis plantas, dos de ellas bajo rasante, donde se encuentra la maquinaria, el almacén y un garaje cubierto de 15 plazas, además de algunas oficinas. Por el resto de las plantas se reparten el salón de actos con capacidad para 250 personas y las oficinas de la CREA y la Fundación CREA, hasta completar una superficie de 3.500 metros cuadrados.

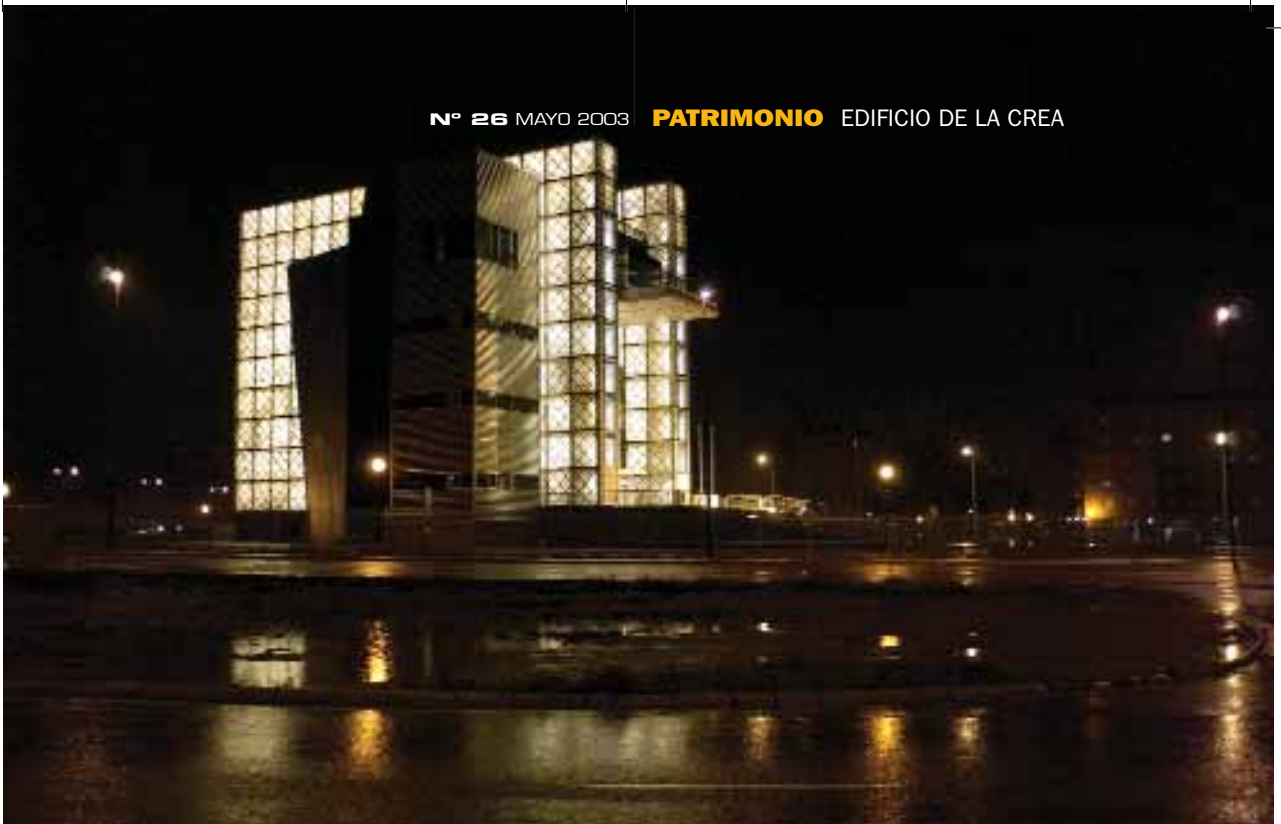
Espacio abierto

Por dentro, ya no es tanto un edificio para ver como para trabajar, aunque con algún matiz. Sus nuevos dueños, los empresarios aragoneses, esperan que sea también un espacio abierto a la sociedad, donde poder albergar actividades y exposiciones que contribuyan al dinamismo económico, social y cultural del conjunto de Aragón. Pero mientras este deseo se hace realidad, lo cierto es que sin llegar a cruzar sus puertas merece la pena conocerlo. Tiene un fuerte carácter y aunque tal vez no vaya a ser un símbolo importante para la ciudad, por su condición de



Estructura interior del edificio de la CREA. Alrededores del edificio en mal estado. Puerta posterior. A la derecha, bocetos del edificio, del arquitecto José Manuel Pérez Latorre.





Vista nocturna, en la puerta trasera sobresale el alero, que es la terraza del despacho del presidente.

diferente casi se puede considerar simbólico. Llama la atención y lo hace como queriendo reivindicar un mayor protagonismo para la orilla izquierda del Ebro, que con su presencia ha ganado, y cómo, en luminosidad. Grancasa ya no es la única referencia. Quién sabe, además, si algún día no muy lejano se convertirá en el abanderado de un sueño hermoso, el de la Zaragoza protagonista de otra Exposición Universal, la de 2008.

De momento, y ya es muy importante, a lo que está contribuyendo es a construir el paisaje urbano, a explicar una ciudad que crece

con un avance imparable. Y en esa tarea su emplazamiento resulta fundamental. Así lo cree al menos Pérez Latorre, para el que en la arquitectura «el 80% del éxito de un proyecto está en su ubicación; y en el caso que nos ocupa es magnífica, a pesar de que no se pueda decir lo mismo de los alrededores». Ciertamente, el entorno no ayuda mucho. Demasiado descuido y abandono en las cercanías de un Ebro que reclama a gritos un poco más de atención. Tal vez a lograr este objetivo también ayude el edificio de la CREA desde su condición de buque insignia que reivindica una ciudad para el disfrute, el paseo y la contemplación; una ciudad en la que las aceras no se vacíen en beneficio de las grandes avenidas de los centros comerciales. Si edificios como el que nos ocupa y otros similares contribuyen a construir esa ciudad, más hermosa y habitable, ya se habrá dado un paso importante.

Y si de hacer ciudad se trata, tampoco estaría de más recuperar para Zaragoza y Aragón, igual que se ha hecho con este edificio, el mural de Broto que presidía la bóveda en su ubicación sevillana. Ni la calidad de la obra, ni el autor, se merecen semejante olvi-

